PABLO RODRIGUEZ GREZ

MANIFIESTO NACIONALISTA

Frente Nacionalista Patria y Libertad

MANIFIESTO NACIONALISTA

— LA HORA ACTUAL —

El comunismo ha tropezado con el más resuelto de sus adversarios: el nacionalismo. No vivimos una etapa histórica más; vivimos una fase definitiva que sellará nuestro destino, comprometiendo el futuro por muchas décadas. Atravesamos, por lo mismo, un camino irreversible. Es hora de definiciones y de posiciones resueltas; la transacción, el compromiso y la tibieza, no tienen cabida en este instante. Las ubicaciones intermedias implican una traición y un engaño, pues sólo sirven para debilitar a los adversarios reales.

Todos los sectores marxistas, más un grueso contingente de oportunistas e ingenuos, se han confabulado contra el nacionalismo. Es probable que mañana se sumen a ellos las corrientes políticas tradicionales que confunden la democracia con el sistema imperante, en el que predomina, para desgracia de nuestro pueblo, el profesionalismo parlamentario, la deshonestidad y la mediocridad entre quienes nos gobiernan. Se usa y abusa de todas las técnicas publicitarias y del gigantesco aparato de propaganda de que dispone el marxismo para deformar la imagen del nacionalismo, para confundirlo, con experiencias

absolutamente ajenas a nuestra realidad, para vincularnos a intereses menguados y subalternos, e incluso para descalificarnos con injurias, amenazas y dicterios. Un grupo de delincuentes y aventureros, en cuyas manos se ha puesto la "prensa popular", ha fijado el nivel del debate público y nos arrastra imperceptiblemente a una degradación moral jamás antes conocida. La táctica desquiciadora del comunismo internacional rinde sus mejores frutos y se avanza a la destrucción de los valores esenciales de la civilización cristiana. Poco falta para que nada ni a nadie se respete, a pretexto de realizar una revolución que para triunfar necesita demolerlo todo.

Los gusanos siguen carcomiendo los cimientos de nuestra organización social; se multiplican gracias a la demagogia y la mentira; se alimentan de la justa rebeldía de un pueblo anhelante por hallar su destino histórico y confían triunfar exacerbando los odios, las pasiones y provocando un enfrentamiento suicida.

En todas las actividades del país predomina el sectarismo. Los partidos políticos de inspiración marxista se encaminan resueltamente al control absoluto de la economía, de los medios de comunicación social y de las organizaciones laborales y estudiantiles. El diálogo ha sido substituido por la injuria y la prepotencia. La legalidad se utiliza con sutiles procedimientos para despojar a los propietarios de sus bienes, encarcelar a quienes disienten de la política del Gobierno o doblegar a quienes se resisten a las presiones oficiales.

La autoridad ha asumido un papel discriminatorio aplicando el mayor rigor a los sectores que le son adversos y concediendo sin tapujos impunidad a los que le son adictos, así se trate de delincuentes o matones comunes.

Para neutralizar una reacción patriótica de las FF. AA., inquietas por esta realidad que ya no puede soslayarse, el Gobierno, junto con halagarlas majaderamente, está dispuesto a concederles cuantos beneficios reclamen, haciéndolas participar en gestiones económicas y sociales

que puedan resultarles provechosas. Paralelamente una corriente extremo marxista se jacta públicamente de realizar actividades de infiltración en el Ejército, lo que puede resultar probable y hasta sencillo gracias a la reincorporación a la institución de elementos destituidos por razones políticas en la administración pasada (D.C.).

Con todo, es un hecho indiscutible que nuestras FF. AA. se mantienen fieles a su carácter profesional y que constituyen la única salvaguardia real de la institucionalidad chilena. Su actual intranquilidad obedece a tres factores concretos: la orientación claramente marxista del Gobierno, cuya tónica es fijada preponderantemente por el P. C.; la eventual desaparición de los institutos armados y su substitución por milicias o ejércitos populares, según la experiencia de todos los países controlados por el comunismo internacional; y los vejámenes de que ha sido víctima un General de la República, procesado por delitos políticos, cuyo ascendiente en la oficialidad joven y las tropas es cada día más significativo.

Los caracteres de mayor relieve en la acción del marxismo, en la hora actual, podrían sintetizarse con los siguientes rasgos: usurpación y despojo, ya sea por el camino franco del delito o a través de estrategias pseudo-legales; uso de infamantes y canallescos procedimientos publicitarios para acallar y destruir a sus enemigos políticos y apertura al crimen y el terrorismo como método revolucionario de lucha social. Chile se ha enfrentado así a una nueva realidad, para muchos incomprensible, pero fatal. Es, por lo tanto, inevitable una definición política, que neutralice las fuerzas en pugna y resuelva el conflicto que se agita en la médula de nuestra organización político-institucional.

Ante esta trágica realidad ha surgido el nacionalismo chileno, que empieza a despertar las conciencias, ya aletargadas por la prédica demagógica, ya escépticas ante tanto desengaño, ya temerosas por la amenaza franca o encubierta de nuestros enemigos en el Gobierno.

Hemos asumido, desde el primer momento, un puesto de vanguardia en la lucha contra el comunismo y no renunciaremos a él. Por el contrario, cada día redoblaremos el esfuerzo empeñado, hasta derrotar a los agentes internacionales que combaten por alinear a Chile entre las naciones sometidas al yugo soviético e implantar entre nosotros una tiranía totalitaria.

Pero, junto con salvar al país de este peligroso trance, aspiramos a establecer el primer Estado Nacionalista Chileno, inspirado en el trabajo, en el deber, en la disciplina y en la justicia social. De nada nos valdría liberarnos de la opresión marxista, si no tuviéramos otro destino que la miseria, la desigualdad y el continuo enfrentamiento social. No se trata, para nosotros, sólo de sacudirnos de las cadenas comunistas, si así fuere nuestra empresa no sería tan difícil. Se trata de construir un nuevo Estado; un nuevo Gobierno; un nuevo sentido de la nacionalidad, arraigado en la responsabilidad y en el deber, más que en la disciplina y en la exigencia mendicante; una nueva empresa y, por sobre todo, un nuevo sistema político, una nueva democracia de trabajadores, en donde no tengan cabida las maniobras y los conciliábulos y en que todos los chilenos tengan una participación y una influencia real. Esta es la misión del nacionalismo, un desafío para cada hombre y mujer que lleve a su Patria en el corazón.

I.— HACIA UN ESTADO NACIONALISTA

A.— NI DERECHAS NI IZQUIERDAS.—

Los esquemas políticos tradicionales han encuadrado a los chilenos en izquierdas y derechas. Los primeros se atribuyen la representación del pueblo, de los sectores explotados y desposeídos, se autoidentifican con el progreso y se dicen de avanzada. Los segundos son calificados de retrógrados, defensores de intereses egoístas, partida-

rios de la explotación del hombre por el hombre y amantes del pasado. En este esquema no hay duda que la inmensa mayoría de nosotros nos ubicamos en la izquierda, sin necesidad de mayor análisis.

Pero la falacia es burda, no obstante lo cual se mantiene en vigor, porque ni la izquierda se identifica con el progreso, ni con los desposeídos, ni implica un compromiso con el futuro, ni la derecha representa un regreso al pasado. Izquierdas y derechas no son más que un encasillamiento de ideologismos intrascendentes que nuestro pueblo no comprende ni le interesa comprender; una imagen que carece de toda proyección práctica y que, hasta el momento, sirve al marxismo totalitario, en sus propósitos anti-democráticos.

Mientras se mantenga este esquema, la izquierda marxista superará por imagen a todas las corrientes de centro o de derecha, aún cuando, transitoriamente, ocurra lo contrario. Paralelamente fijará la posición de las demás fuerzas políticas, según sea su conveniencia, porque tiene asegurado, al menos por ahora, el predominio de uno de los extremos.

Es hora de poner fin a este artilugio formal y reivindicar en el cuadro político una ubicación para el nacionalismo que no acepta ser encasillado entre izquierdas ni derechas. Somos de derecha, en cuanto amamos y nos sentimos dignificados por la historia; somos de izquierda, en cuanto nos identificamos con los desposeídos y los explotados, somos de derecha, en cuanto aspiramos a restablecer el orden y el imperio de la ley; somos de izquierda, en cuanto pretendemos darnos una organización de avanzada, capaz de conquistar el futuro.

En consecuencia, no planteamos el dilema tradicional de la política chilena. El verdadero dilema es diferente; MARXISMO O NACIONALISMO. Reconocemos que estas corrientes son las únicas capaces de dar la perspectiva renovada de un Estado Moderno. La una —marxismo— sobre la base de una ideología internacional, totalitaria y

absolutista; la otra —nacionalismo— sobre la base de una ideología que ha surgido de nuestra propia realidad, sin vinculciones ni paralelos con otras experiencias que, cualesquiera sean sus virtudes, son ajenas a nosotros.

B.— ¿QUE ES EL NACIONALISMO?:

El nacionalismo es una respuesta chilena a los problemas chilenos. Es una ideología política cuya única inspiración es nuestra propia realidad y que, por consiguiente, rechaza toda ingerencia de ideas foráneas o de sectas internacionales. Cada país tiene su propia ideología nacionalista de acuerdo a sus características y su forma de ser.

Si históricamente ha habido nacionalismos totalitarios (fascismo, nazismo) ninguna vinculación puede atribuírsenos con ellos. **Nuestra lucha es por un nacionalismo democrático y libertario,** porque nadie puede negar que el pueblo de Chile ama la libertad y la democracia y se encuentra habituado a vivir en un régimen de derecho que excluye la arbitrariedad y el absolutismo del tirano, llámese dictador o comité central del partido.

El auténtico nacionalismo chileno debe fundarse en la libertad, la democracia y el derecho, ya que cada uno de nosotros aspira a profundizar y preservar estos valores como la suprema razón de nuestra oganización social. Repudiamos toda forma de tiranía y de despotismo, así se disfrace de revolucionario y se arrogue la representación del pueblo para ejercerlo.

Quienes se empeñan en presentarnos como nazistas, ultraderechistas o totalitarios sólo revelan su ignorancia política y sus propósitos de engañar a la opinión pública, respecto de nuestros reales anhelos. El nacionalismo, por definición, es propio de cada pueblo. Pretender copiar en Chile experiencias extranjeras es contradecir la raíz misma de nuestra filosofía política. Los sirvientes de ideologías e intereses foráneos no pueden concebir que un mo-

vimiento luche al margen de toda influencia internacional. Los agentes de Cuba y la Unión Soviética siempre creen estar en pugna con los agentes del imperialismo, de la Central de Inteligencia Americana o de los grandes privilegios monopólicos. Con descarada impudicia, día a día, viajan a recibir instrucciones de los amos soviéticos o se reúnen en Cuba comunista para fijar sus planes revolucionarios, sin embargo, se rasgan las vestiduras si cualquier otro grupo se identifica con países, instituciones o ideas contrarios al marxismo internacional. Declaramos enfáticamente que somos independientes de todo influjo interno o extranjero, que nuestra única fuente de inspiración es la Historia de Chile y el amor a nuestra Patria y que no nos guía otro interés que dar al país una democracia real y perfeccionada, profundizar la libertad y erradicar la nefasta influencia del comunismo internacional.

El nacionalismo es una réplica espontánea y popular al predominio del internacionalismo marxista. En el fondo es la respuesta de Chile y de su pueblo ante la crisis de la "democracia liberal" y a la tentativa de substituirla por una tiranía hábilmente disfrazada como "democracia popular".

Por lo mismo, es el único camino de quienes aspiran a frenar al totalitarismo pro-soviético, superando nuestros problemas y encarando resueltamente nuestras debilidades y defectos.

El nacionalismo es misión de juventudes y compromiso de futuro.

C.— FUNDAMENTOS DOCTRINARIOS

La doctrina nacionalista que orienta nuestra acción política puede sintetizarse en seis puntos fundamentales: **Un Estado Integrador, un Gobierno Autoritario, un Pueblo con responsabilidad colectiva y disciplina social, un Programa Juvenil, una Empresa Integrada, una Democracia Funcional.**

1.— ESTADO INTEGRADOR

Aspiramos a transformar substancialmente el Estado chileno, caracterizado por su burocrático funcionamiento, por desajuste de sus instituciones básicas con la realidad imperante, por su actividad social y políticamente desintegradora y por ser obstáculo permanente e inexpugnable para la solución de los problemas básicos de la nación.

La actual institucionalidad no resuelve las apremiantes necesidades de nuestro pueblo y, por el contrario, frena toda iniciativa creadora. Para trabajar en Chile es necesario despejar una gruesa barrera burocrática que en muchos casos reduce o elimina el entusiasmo por crear riqueza y bienestar. El Estado se ha encargado de ir entorpeciendo la actividad de los particulares a tal extremo que, por lo general, la máxima aspiración es un empleo público sin mayores perspectivas ni ambiciones.

El marxismo, consciente de esta realidad, pretende implantar un Estado Revolucionario al servicio de una ideología extranjera y con una misión esencial: destruir a la burguesía, el derecho de propiedad y uniformar material y mentalmente a los chilenos. Se trata del Estado marxista, modelado por los teóricos del comunismo internacional.

Nuestra lucha, por el contrario, tiene por objeto organizar un ESTADO INTEGRADOR, al servicio de todos los chilenos sin excepción, que promueva un reencuentro fraternal de los sectores sociales, políticos y económicos y que inspire metas comunes que conquistar. El Estado debe trascender las clases sociales, las diferencias ideológicas y los intereses circunstanciales; debe ser un factor de unificación y cohesión nacional.

Toda institución pública debe crear las condiciones que hagan posible el imperio de la igualdad y de la solidaridad entre los chilenos; procurar armonizar los intereses, haciendo primar los comunes a la nación, frente a

los sectoriales o privados. La misión básica del Estado es la creación de una comunidad económica y moral, fuertemente arraigada en los valores nacionales, que se identifique con los intereses comunes de nuestro pueblo.

En un Estado Integrador no podrán subsistir organismos o sectores dispersos o disgregados o que sirvan la pugna tradicional de las clases sociales, de los factores productivos y de las posiciones ideológicas.

Un Estado Integrador implica un esfuerzo por organizar a la comunidad chilena desde sus bases, arbitrando a través de todos sus niveles los procedimientos para unificar y dirigir armoniosamente todos los elementos, voluntades e intereses que en cada situación integran las instituciones chilenas.

El Estado sólo se afianza en cuanto promueve y consigue la armonía económica, la paz social y la tranquilidad pública, sin las cuales no hay una nación que nos trascienda y justifique nuestra razón de ser.

Sólo un Estado Integrador consolida la nacionalidad al imponer al pueblo, que es su máxima y suprema expresión, un marco justo en que desarrollar su iniciativa, su esfuerzo y en donde vaciar su trabajo creador.

El Estado Chileno está compuesto por instituciones demasiado antiguas que poco o nada tienen que ver con situaciones propias de nuestro tiempo. Coexisten en él viejas y anticuadas estructuras con remedos de organismos modernos, generalmente nacidos al calor de episodios transitorios o influencias malamente recogidas. El sistema jurídico, por otra parte, ha hecho crisis en varios aspectos, pero ningún sector político ha promovido su substitución o su adecuación, salvo a través de líricas declaraciones demagógicas que jamás se han traducido en hechos concretos y reales.

La pugna de los factores productivos y las continuas y crecientes tensiones sociales —estimuladas por corrientes ideológicas revolucionarias— se ven acentuadas por

la carencia de un Estado que sirva los intereses de Chile por encima de otras consideraciones subalternas.

La organización institucional que nos rige es la consecuencia de una larga, inarmónica y hasta contradictoria evolución política. Junto a instituciones de orientación liberal se abren paso instituciones de orientación socialista. No hay una filosofía que inspire la estructura del Estado ni una idea que la fundamente con solidez.

Por lo mismo, es imperiosa e inevitable una definición política que determine la orientación que habrá de tener en el futuro la organización institucional chilena, indemne durante muchos años, incluso de "furiosas revoluciones verbalistas". Aquí también advertimos una decisión radical que, definitivamente, nos arrastrará al modelo del Estado totalitario o al modelo del Estado Nacionalista.

El dilema sigue siendo el mismo:

Frente al Estado clasista, opresor y tiránico, propio de la siniestra dictadura del proletariado, sarcasmo con que se disfraza la tiranía del Comité Central del Partido Comunista; oponemos el Estado Nacionalista e Integrador, que trascendiendo las diferencias sociales, económicas e ideológicas, promueva el reencuentro fraternal de todos los sectores, abriendo el camino para la creación de una sociedad justa, igualitaria y solidaria.

2.— GOBIERNO AUTORITARIO

Aspiramos a establecer un Gobierno que imponga el principio de autoridad hoy seriamente quebrantado.

La sociedad civil, más que ningún otro organismo, necesita de una voluntad que dirija, ordene y proyecte la actividad humana. Toda organización requiere de una voluntad rectora, aún el propio hombre necesita, no obstante su unidad biológica, de una voluntad que le haga seguir el camino trazado y respetar los principios que abraza.

Las diferencias económicas, culturales y sociales que caracterizan nuestra sociedad subdesarrollada son facto-

res de procesos anárquicos que, paulatinamente, debilitan la autoridad hasta neutralizarla por completo. La tarea desintegradora del marxismo internacional, que representa a la autoridad como una fuerza represiva al servicio de intereses sectoriales, contribuye a este desquiciamiento en buena medida.

En Chile el principio de autoridad se ha resentido de tal manera que el gobernante no es más que un agente demagógico, siempre obligado a reconocer su inferioridad. La realidad nos revela una autoridad siempre políticamente comprometida y en disposición de transar con quien se rebela contra el orden establecido. Dos son los aspectos relevantes de la autoridad chilena; su posición política demagógica ante el continuo enfrentamiento con los deberes incumplidos, y su voluntad de transacción con los infractores de la norma social o en rebelión contra el sistema.

El origen político de la autoridad obliga al gobernante a "satisfacer" a quien infringe sus obligaciones y deberes y a resolver los conflictos sociales por medio del avenimiento entre quien "manda" y quien debe "obedecer". Los responsables del desquiciamiento llaman a esto "obediencia reflexiva", lo cual equivale a decir, simplemente "**desobediencia**".

Los años de Gobierno Democratacristiano son un buen ejemplo para demostrar cómo se ha deteriorado entre nosotros el principio de autoridad. Entre 1964 y 1970 fueron abatidos los más sólidos bastiones morales del país. La autoridad transigió uniformemente en cada caso. La Universidad sufrió una revolución interna —llamada reforma universitaria— de claro contenido e inspiración política extremista, que en pocos años ha reducido el nivel académico, profesional y científico en términos aún desconocidos. La autoridad transigió, incluso incitó a sectores partidistas afines para controlar con propósitos políticos estos centros de estudio superior. Los Tribunales de Justicia, encargados de aplicar la ley y sancionar a sus

infractores, declararon la primera huelga general. La autoridad transigió, llegándose a un convenio formal. El 21 de Octubre de 1969 se llevó a cabo el primer acuartelamiento militar por razones exclusivamente gremiales (salarios, adquisición de equipos, desconexión interna con los altos mandos). La autoridad transigió suscribiéndose un pacto que imponía obligaciones recíprocas.

Es cierto que en los dos últimos casos había justificadas razones para alzarse contra un Gobierno incapaz, demagógico e inepto. Pero también es cierto que la solución encontrada por el camino de los hechos, terminó por hacer trizas el principio de autoridad. El actual Gobierno ha llegado al extremo de advertir que actuará por **persuasión,** lo cual implica una verdadera incitación al uso de la política de "hechos consumados". Los resultados están a la vista.

Un Gobierno Autoritario no implica una dictadura ni una tiranía, ni un Estado policial. Por el contrario, es la expresión de una auténtica democracia. Su objetivo fundamental es hacer cumplir, sin excepción, las normas impersonales que regulan la actividad social del hombre. Normas iguales para todos, cuya realización esté garantizada por la fuerza y el Estado.

El Gobierno Autoritario no transa el cumplimiento de la norma, sólo impone su acatamiento y sanciona al infractor.

El Gobierno Autoritario no dispone arbitrariamente; gobernantes y gobernados se hallan sometidos a la misma norma impersonal, obligatoria, por igual, para todos, sin exclusiones ni privilegios.

La organización del Estado debe dotar al país de una verdadera **Justicia Legal**, en que nuestros actos sean medidos por la norma jurídica y en que todos tengamos acceso a los órganos encargados de reparar o sancionar el quebrantamiento de la ley, efectiva y oportunamente.

Sin autoridad no hay orden y sin orden no hay progreso ni armonía social.

La génesis democrática de la autoridad no puede llevarnos a transformar, como hace milenios lo advirtieron los griegos, la democracia en demagogia.

Quien manda no puede ejercer su función sólo para halagar y complacer; es necesario, la mayor parte de las veces, imponer deberes y responsabilidades que no siempre se asumen voluntariamente. Pero si el gobernante sólo persigue mantener su simpatía y popularidad, ya sea en beneficio de sí mismo o de su partido, se destruye el principio de autoridad y se genera el caos y la anarquía.

Chile ha sufrido en los últimos años las consecuencias de la autoridad demagógica, más interesada en su conveniencia personal que en la solución de los reales problemas de nuestro pueblo. Al adulo desmedido, a la promesa fácil, al juicio irresponsable y ligero, ha seguido la frustración general que lentamente aleja a los sectores mayoritarios del país de toda participación en el destino político de su patria.

Urge adoptar las medidas necesarias para restablecer el principio de autoridad en todo su imperio, para neutralizar las presiones demagógicas que conspiran contra él y para que la autoridad se ejerza sin sectarismo ni privilegios políticos.

Las experiencias vividas en los últimos años nos revelan que al debilitamiento de la autoridad sigue el despotismo o la tiranía. Aún es tiempo de salvar la democracia, organizando la libertad y devolviendo a la autoridad el uso de sus prerrogativas de mando.

La autoridad democráticamente elegida tiene un título jurídico y moral que nadie, ni ella misma, puede desconocer y que le obliga a ejercer sus funciones por sobre toda otra consideración secundaria.

Un Gobierno Autoritario es la mejor expresión de un Gobierno auténticamente democrático, porque la autoridad es generada por las mayorías y porque el mando se ejerce por voluntad de los más y en beneficio real del país.

3.— RESPONSABILIDAD COLECTIVA Y DISCIPLINA SOCIAL

Nuestro pueblo ha estado sujeto a un continuo engaño político-demagógico. De los políticos profesionales no ha conocido más que halagos, promesas y la descripción de "fórmulas mágicas" para darle bienestar, riqueza y prosperidad. Sus oídos sólo escuchan hablar de derechos, pero se olvida que junto a cada derecho debe existir un deber, sin el cual el derecho, o no existe o no será jamás satisfecho.

Basta repasar un discurso electoral (de cualquier político) para encontrarse que siempre se habla de un pueblo inteligente, trabajador, esforzado, maduro, explotado y víctima de gobernantes deshonestos. Así, durante años, sólo se ha estimulado la rebeldía, el inconformismo, la desesperación, acentuados por el desengaño de la promesa incumplida.

Los artificios demagógicos llegaron a su culminación en 1964 cuando la Democracia Cristiana ofrecía una "Revolución en Libertad", según ella había que cambiarlo todo para que, como por milagro, se solucionara todo. Se hablaba entonces de "despertar nuestras riquezas, la infinita capacidad productiva de nuestros campos, las posibilidades hidroeléctricas de las caídas de agua, el espíritu emprendedor del chileno". Los resultados están a la vista: transformaciones superficiales, permanencia de los arraigados vicios políticos, deshonestidad y frustración. La Democracia Cristiana, consciente o inconscientemente, abrió paso al marxismo, al revelar en seis años su incapacidad para transformar el sistema político, la empresa capitalista, la estructura del Estado y ceder ante la presión de grupos descontrolados que, al alero de su indecisión y tibieza, rompieron los marcos jurídicos hasta transformarse en peligrosos enemigos de las grandes mayorías independientes y desorganizadas. Al cabo del sexenio demócratacristiano, Chile entero repudió su política demagó-

gica sectaria dándole escasos 800.000 votos en un electorado de más de 3.000.000 de ciudadanos. Salvador Allende y la Unidad Popular siguieron el mismo camino, esta vez, bajo el slogan de "vía chilena para el socialismo", con respeto por la legalidad, la democracia y los derechos fundamentales de la persona humana: varias decenas de muertos dan testimonio del pacifismo y la tolerancia de esta nueva ruta "democrática al socialismo".

La estrategia electoralista es siempre la misma: desmedidos ofrecimientos, paternalismo y servilismo a cambio del voto en las elecciones. Los "caza-votos" saben cómo engañar y hacerse creer y lo consiguen, a cambio de una frustración cada vez más definitiva. Otros grupos ofrecen como nueva panacea la revolución violenta, la lucha guerrillera; a éstos ya no les basta arrebatar el voto político, quieren, inclusive, arrebatar la vida de los más modestos en una aventura descabellada para satisfacer sus ambiciones o emular otras tristes experiencias. Los demagogos siempre se nutren del mismo alimento: la miseria, la desesperanza, la injusticia social que ellos mismos han mantenido por años y que les permite en cada elección mantenerse en el poder bajo renovadas consignas.

Por este camino se ha forjado un pueblo sin responsabilidad colectiva ni disciplina social, que espera del Gobierno lo que debe conquistar por sí mismo, que se siente frustrado luego de cada experiencia demagógica y terminará en un escepticismo inmovilizante.

Es necesario poner fin a esta prédica demagógica y destructiva, restablecer el papel que en la prosperidad corresponde al trabajo, al esfuerzo y al sacrificio. Hacer que todos y cada uno de los hombres de esta tierra comprendan que nada les será dado si no lo conquistan con sus propias manos.

Un pueblo sin responsabilidad ni disciplina no puede alcanzar metas de desarrollo socio-económico; todos sus esfuerzos serán vanos o redundarán en beneficio de sectores privilegiados.

La responsabilidad colectiva será la sentencia de muerte para los demagogos o sembradores de ilusiones, y la disciplina social, el único motor para organizarnos, y conquistar el progreso.

Sólo un Estado Integrador y un Gobierno Autoritario pueden imponer la responsabilidad y la disciplina colectiva, aquella que culmina en beneficio de la comunidad sin discriminaciones; erradica la demagogia y abre paso a la verdadera justicia social.

4.— PROGRAMA JUVENIL

Nuestra juventud carece de un mundo propio, adecuado a su forma particular de ser. Las generaciones se confunden, por lo general, salvo en actividades muy específicas (educacionales). Grupos importantes de ella se aburren, ante la carencia de incentivos e intereses adecuados. Algunos buscan la distracción en actividades pueriles, otros son captados por sectas místico-políticas, otros en fin, por movimientos extremistas.

Aspiramos a crear un programa para la juventud mediante el cual cada joven sea atraído a un mundo propio, según sus inclinaciones espirituales, artísticas, deportivas, intelectuales, políticas, etc. La juventud debe ser organizada como tal, dando preferencia a las actividades propias de su desarrollo (cultural, deportivo, vocacional) en un contexto general adaptado especialmente a ella.

El proceso educacional está orientado hacia fines cada día más indiferentes a las nuevas generaciones. Por lo general la enseñanza se imparte con una dosis política desquiciadora y se alienta la rebeldía como suprema expresión social. Hacemos vivir a nuestra juventud en un mundo rodeado de resentimiento y pornografía, en donde los medios de comunicación social exaltan toda manifestación negativa o extravagante como si fuera la única tónica del momento actual.

Los partidos políticos tratan de manejar las organizaciones juveniles para transformarlas en instrumentos de sus luchas contingentes, con absoluto desprecio por la formación y preparación de nuestros educandos. Se falsifica con ello una etapa trascendental de la vida, en que deben ser otras las metas y las preocupaciones de los jóvenes de Chile.

Es inadmisible ofrecer a las nuevas generaciones un mundo creado para la madurez, en el cual no tiene cabida natural quien recién se incorpora a la actividad social y económica de su época.

El programa juvenil dará nuevas perspectivas al hombre y la mujer de nuestro tiempo. Incentivará su interés por desarrollar sus aptitudes y su vocación y creará un quehacer que realmente se avenga con sus inquietudes y aspiraciones.

5.— EMPRESA INTEGRADA

La empresa capitalista sufre una crisis definitiva e insuperable. Su fundamentación económica y social no resiste la evolución de nuestro tiempo y su injusta estructura hace urgente substituirla.

La empresa capitalista está basada en la compraventa de fuerza de trabajo. En ella el propietario del capital se hace dueño del trabajo ajeno a cambio de un precio que se llama salario. El trabajador entrega su energía recibiendo como única retribución un salario, la mayor parte de las veces injusto y hasta miserable. La creación de la riqueza (que no es más que el trabajo aplicado al capital) es programada, dirigida y realizada por el capitalista en su provecho exclusivo y bajo su riesgo personal. Los trabajadores son independientes del resultado económico y, salvo lo que dice con la estabilidad del empleo, indiferentes al balance de la gestión.

La compra de fuerza de trabajo (esclavitud moderna) se realiza, además, en un mercado de vendedores de

trabajo, en donde la oferta laboral es siempre mayor a la demanda. Un porcentaje importante ni siquiera consigue vender su trabajo con regularidad, viéndose, a menudo enfrentando a la desocupación y la miseria. El Estado paternalista, al servicio de los demagogos profesionales, se ve obligado a paliar la desocupación, disfrazando el fenómeno mediante la creación de cargos o funciones inútiles (desocupación disfrazada) lo que hace aún más gravosa la administración pública y más ineficaz el servicio a los particulares.

El marxismo se propone substituir la **empresa capitalista por la empresa del Estado,** en la cual sólo cambia el comprador del trabajo; desde entonces un ente impersonal, burocrático, omnipotente y dirigido con una celosa orientación política. El trabajador sigue en la Empresa del Estado siendo un esclavo del capital, esta vez, en manos de un patrón único: el Estado.

Por eso hemos sostenido que el marxismo pretende transformarnos a todos en proletarios, dependientes del Estado, empresario y empleador de todos los chilenos.

Aspiramos a transformar la empresa capitalista en una **empresa integrada de trabajadores,** en donde todos los factores productivos (capital, trabajo y organización) constituyan una unidad que dirija el proceso productivo y participe equitativamente y de acuerdo a su importancia en los beneficios a que conlleva la creación de la riqueza. La dirección de la empresa debe residir en un comité que represente a todos los factores productivos, siendo el Estado el llamado a promulgar un estatuto que determine las normas de funcionamiento, la participación y la manera en que deben sortearse las dificultades que surjan durante la co-gestión productiva.

La integración de la empresa importa superar, definitivamente, el enfrentamiento secular entre el capital y el trabajo, desde el momento en que cada uno juega un rol irreemplazable en la creación de la riqueza. De nada sirve una máquina sin un trabajador que la explote, ni

un trabajador sin implementos modernos que hagan productivo su esfuerzo. Tanto trabajadores como capitalistas deben comprender que ninguno de ellos podrá, con justicia, absorber al otro y que la unidad y armonía de ellos redundará en una gestión beneficiosa para ambos.

Por su parte, el Estado sólo podrá autorizar la creación de empresas en que previamente se establezca la participación de los trabajadores y del capital en términos de una real co-gestión productiva. Cada empresa debe ser la consecuencia de un acuerdo previo que defina las relaciones de producción. Asimismo, debe arbitrarse un procedimiento (semejante a la amortización o recuperación del costo de reemplazo de los bienes de capital) para que los trabajadores vayan adquiriendo un porcentaje del capital de la empresa, a fin de transformar, con el correr del tiempo, a cada empresa, inicialmente integrada, en empresa de trabajadores (**amortización social**).

Las actuales empresas capitalistas deben también ser substituidas por empresas integradas, a través de un proceso paulatino, pero rápido, que incorpore efectivamente a los trabajadores a la co-dirección de las empresas.

Respecto de las empresas con altos costos sociales, deben ser compensadas por el Estado por medio de la subvención fiscal, a fin de mantener su actividad y retribuir los beneficios que prestan a la comunidad. Una adecuada política de redistribución pondrá a salvo a todas las empresas que participen en el mercado en términos desfavorables. Esta contribución debe concebirse en beneficio de todos los factores productivos y principalmente del trabajo.

Sólo empresas integradas, en una economía social de mercado, pueden resolver el problema que genera la creación de la riqueza y mantener y acrecentar los incentivos privados para estimular el trabajo y el esfuerzo en todos los sectores productivos de nuestra economía. "La empresa integrada" abrirá paso a "la empresa de trabajadores", haciendo justicia a una inmensa masa laboral que al cabo

de una vida no tiene más que escuálidos y engañosos beneficios previsionales, cuyo costo es infinitamente más alto que el provecho real que confieren.

La empresa integrada no excluye a las empresas del Estado (sector económico fundamental) encargadas de asegurar la mantención de los bienes, servicios y del marco económico indispensable a todo proceso productor (energía y combustibles, materias primas básicas, control de importaciones, etc.).

Toda empresa comenzará y se desarrollará como integrada y culminará como empresa de trabajadores, a través de un sistema de lenta y programada transferencia del capital denominado "**sistema de amortización social**".

6.— DEMOCRACIA FUNCIONAL

El principal obstáculo que impide nuestro desarrollo es el sistema político imperante. Mientras no rectifiquemos profundamente su estructura no conseguiremos aprovechar los recursos y riquezas potenciales de que disponemos. Su subsistencia neutralizará todo esfuerzo nacional destinado a superar el subdesarrollo, la injusticia social y la rebeldía latente en el corazón de los mejores chilenos.

Vivimos bajo el esquema ya caduco de la DEMOCRACIA LIBERAL, que se caracteriza, como sistema, por agrupar a todas las corrientes de opinión en los partidos políticos, único cauce de expresión política, y por generar a las autoridades superiores del Estado a través del sufragio universal inorgánico.

Engañosamente se nos hace creer que elegimos periódicamente un Presidente de la República, Senadores, Diputados y hasta Regidores. En verdad, no elegimos nada, porque sólo nos es permitido escoger de entre pocos nombres, previamente impuestos por los partidos políticos, a quienes creemos nuestros representantes. Desde hace

ya muchos años. los partidos no interpretan las auténticas corrientes de opinión; viven un juego artificioso ajeno a nuestro pueblo y hacen gala de un ideologismo verbalista y estéril. Los chilenos nos hemos habituado a elegir al "menos malo", pero sin identificarse realmente con nadie.

Escasamente el 7% del electorado nacional milita en las colectividades políticas, dejando al margen de toda decisión al 93% restante, que sigue, como dócil rebaño, el dictado de los dirigentes y parlamentarios de los partidos tradicionales.

La actividad política ha ido quedando reservada a los más mediocres, audaces y deshonestos, que son los únicos capaces de tener éxito en ella. La inmensa mayoría desprecia el profesionalismo político, pero sufre las consecuencias del sistema, sin resolverse a intervenir por "decoro e higiene mental". Se dice frecuentemente que Chile es un país politizado. La verdad, sin embargo, es absolutamente distinta. Se vota por los partidos políticos porque no hay manera de hacerlo contra ellos. Gran parte del electorado —salvo que prefiera abstenerse— está obligado a sufragar según los esquemas establecidos por los partidos. Este sector mayoritario forma una órbita de atracción política impuesta por el sistema contra la voluntad real de quienes repudian la exclusión y el sectarismo de un partidismo decadente.

De nuestra población son los menos quienes podrían enumerar todos los partidos existentes, o el 20% de nuestros parlamentarios o que, una vez al año, hayan leído la versión completa de una sesión del Senado o de la Cámara de Diputados, o un Mensaje presidencial. Mientras tanto los políticos viven un mundo artificial de combinaciones, contubernios o verbalismos intrascendentes en que sólo ellos participan y aun comprenden.

Se podría pensar que nuestro pueblo está influido por idaologismos y que tiene cabal conciencia de la doctrina de cada partido. El balance es todavía más desolador, apenas si tiene, a todos los niveles, una vaga y aún errada imagen de cada conglomerado político.

¿Cómo entonces han podido politizarse organismos e instituciones tan singulares como las Universidades, la Iglesia, los servicios públicos, los sindicatos? La respuesta es simple: el sistema va carcomiendo, como un cáncer, toda nuestra sociedad, **ya que no se establece otro cauce de expresión para influir en la cosa pública y en la gestión política, que no sean los PARTIDOS POLITICOS.** Así, lentamente, los partidos van transformando a todas las instituciones y organizaciones en instrumentos de su lucha divisionista y haciendo partícipe a gran parte de la población en sus cotidianas rencillas subalternas.

Se escucha decir, a menudo, que nuestro pueblo es políticamente maduro y consciente. La verdad también es muy distinta. En menos de 30 años el país ha elegido cinco gobiernos diferentes de ideologías no sólo distintas, sino contradictorias. Al Gobierno radical de Gabriel González Videla, sucedió el Gobierno Agrario Laborista de Carlos Ibáñez del Campo; a éste lo sucedió el Gobierno derechista de Jorge Alessandri; al cual, por su parte, lo sucedió el Gobierno democratacristiano de Eduardo Frei. Finalmente, a la Democracia Cristiana la sucedió un movimiento marxista, a la cabeza del cual se halla el socialista Salvador Allende.

O sea, en 30 años nuestro "maduro y consciente electorado" ha tomado cinco posiciones diferentes y contradictorias. Se confunde la madurez política con la tranquilidad que se observa en los comicios electorales, muchas veces demostración de indiferencia y saturación.

A tal punto ha llegado esta indiferencia que en las últimas elecciones municipales uno de cada cuatro chilenos ni siquiera concurrió a las urnas; un millón de votos da testimonio de esto.

El marxismo pretende substituir la **democracia liberal** por la **democracia popular** (dictadura del Partido Comunista en nombre del proletariado), haciendo desapa-

recer los partidos políticos, salvo los partidos marxistas, e imponiendo por el terror un régimen totalitario

Nosotros aspiramos a incorporar al 100% de los chilenos a la estructura política del Estado, dándoles a todos ellos una auténtica representación en las instituciones del sistema político y haciéndoles participar efectivamente en el proceso de elección de la autoridad.

Si los partidos políticos no han conseguido encauzar la opinión pública y no representa el pensamiento de las grandes mayorías nacionales, es evidente que el sistema no puede entregarles el 100% del poder político.

¿Dónde encontrar el 93% que no reconoce militancia política? En las agrupaciones naturales de trabajo e intereses. Así por ejemplo: la universidad; los gremios; las grandes asociaciones laborales; (trabajadores industriales, del agro, de la minería) las grandes confederaciones de propietarios, empresarios y comerciantes; las federaciones estudiantiles, los colegios profesionales, etc. Estos sectores deben ser organizados de acuerdo a una legislación adecuada para darles, junto a los partidos políticos, una real representación en el sistema o estructura política del Estado. El 93% de los chilenos que no militan en partidos deberían incorporarse a la vida política de la República, a través de los órganos laborales o de intereses que los agrupan.

Un poder fiscalizador y de representación popular, (actual Poder Legislativo) integrado por todos los sectores laborales y de interés del país, sin perjuicio de la representación justa de los partidos políticos (actualmente 7%), haría posible que el 100% de nuestros compatriotas hicieran sentir su influencia en el Estado y tuviera real participación en la generación de la autoridad.

La Democracia Funcional crearía una República de trabajadores y no una República de políticos; substituiría la Democracia Liberal, artificial y formalista, por una Democracia real, gobernada y dirigida por los más capaces y meritorios.

Mientras no se reconozca a todos los chilenos su derecho a actuar en el sistema político y no se creen los conductos y cauces que hagan posible y real esta participación, seguiremos viviendo en un mundo ajeno para las inmensas mayorías nacionales y no habremos despejado el camino para conquistar el progreso en libertad, con disciplina y responsabilidad.

La democracia corporativa es la única democracia real, toda otra concepción es un espejismo engañoso y falso.

El Estado Integrador; El Gobierno Autoritario; la responsabilidad colectiva y la disciplina social; el programa juvenil y la empresa integrada; sólo tienen sentido en el contexto de una democracia funcional. Nada de ello podría realizarse en el sistema liberal y que nos rige o en un Estado marxista totalitario.

Su implantación significaría una conquista incalculable para nuestro pueblo y una seguridad de paz y justicia social en todos los niveles del país.

Los nacionalistas debemos respetar y contribuir a engrandecer los movimientos gremialistas que casi espontáneamente han surgido desde el advenimiento del Gobierno Marxista. En su pureza e incontaminación política se fundarán algún día las más sólidas bases del Estado Nacionalista.

II.— TACTICA PARA LA CONQUISTA DEL PODER.

1º— LA LUCHA ELECTORAL

El Nacionalismo surge como réplica chilena al movimiento marxista internacional. Nuestra lucha principal debe orientarse a arrebatar el poder a los sectores marxistas que lo detentan. En esta etapa debemos actuar colaborando con los partidos políticos democráticos en toda su vasta gama de la acción cívica.

Los partidos políticos democráticos luchan exclusivamente por cerrar el paso electoralmente al marxismo. Se trata de un objetivo fundamental, porque si se les dejara expedito este camino, se implantaría la dictadura comunista con la ley y la juridicidad. Cualquier reacción adversa sería entonces más difícil, aunque no imposible.

Pero el marxismo reconoce dos vías para la conquista del poder; la vía legal, electoral o burguesa; y la vía violenta o revolucionaria. Cerrada la primera, sin tapujos, reconocen nuestros adversarios que utilizarían la segunda.

Hay quienes piensan que los marxistas chilenos son diferentes, llegándose a decir que son hasta "democráticos". La visión de los marxistas "angélicos" es absurda. Pretender que pueda restituirse el poder "voluntaria y democráticamente" es una ingenuidad imperdonable y una falacia peligrosa, desmentida por la historia, por la ideología que profesan y por sus propias y permanentes afirmaciones.

La estrategia electoralista del marxismo tiene aún varios episodios pendientes, los que harán más virulenta la lucha política. En los próximos meses se redoblarán los esfuerzos por conseguir un control absoluto de los medios de información y para orquestar una campaña "nacionalista" que consiga movilizar a nuestro pueblo.

Con lo primero —control informativo— se pretende uniformar el pensamiento atrayendo al influjo marxista al enorme contingente de chilenos indiferentes políticamente y atenuar la desconfianza que a un pueblo libertario despiertan los cultores de un sistema tiránico. Con lo segundo, se piensa explotar el sentimiento de patriotismo que hunde sus raíces en el corazón de cada hombre y mujer de esta tierra.

No podemos olvidar, a propósito de este falso nacionalismo, con que se disfrazan los afanes tiránicos del comunismo internacional, las palabras del **MANIFIESTO COMUNISTA,** guía matriz del marxismo totalitario. "LOS PROLETARIOS NO TIENEN PATRIA. NO PUEDEN PERDER LO QUE NO TIENEN". Sin embargo, sí tienen la impudicia y el descaro de hablar de la Patria y simular luchar por ella. ¡Aplastemos a los fariseos que se sirven de todo a cambio de conquistar el poder para sus amos extranjeros!

Para promover este falso nacionalismo, a la cabeza del cual se ubica el Partido Comunista Internacional, se trata, por todos los medios, de desencadenar un conflicto con Norteamérica, para reubicar a Chile en la órbita soviética y movilizar a los chilenos contra el imperialismo yanqui.

Una vez consumado este plan, se llamará a una renovación del Poder Legislativo —mediante una reforma constitucional que faculte al Presidente de la República al efecto. Entonces se jugarán los partidos marxistas su carta definitiva, contando con recursos económicos ilimitados, con todo el aparato informativo, con una campaña de aparente patriotismo contra el imperialismo norteamericano y con el influjo del Estado que será utilizado sin ambages.

Los partidos políticos deben encarar esta situación con plena conciencia y aun frialdad, sin espíritu sectario ni divisionista y sin conmoverse por las tácticas publicitarias y desquiciadoras del enemigo común.

Si consiguen cerrar el paso electoralmente al marxismo habrán cumplido su cometido con eficiencia y dignidad y, a pesar de sus notables vicios y anomalías, prestado un servicio incalculable a la libertad y la democracia chilena.

El nacionalismo que representa y encabeza PATRIA Y LIBERTAD se volcará disciplinadamente en favor de **todos** los partidos de clara raigambre democrática, sin distinciones o preferencias de ningún orden, para fortalecer a las entidades que con mayor vigor frenen el ímpetu totalitario. No celebraremos pactos ni alianzas porque no caeremos jamás en el estilo limitado y ya tradicional de la política liberal y parlamentaria.

2º— LA LUCHA REVOLUCIONARIA

Nuestro movimiento no es un grupo armado ni sedicioso, pero si llegado el momento son los marxistas quienes rompen la legalidad y desbordan las estructuras institucionales, como consecuencia de su fracaso electoral, nos pondremos de inmediato al servicio de las fuerzas organizadoras que frenen la escalada revolucionaria.

Es incuestionable que las milicias marxistas no están en condiciones de imponerse por la fuerza, al menos por ahora. Es también incuestionable que las FF. AA. no serán cómplices del comunismo en esta aventura totalitaria y que reaccionarán frente al caos, el desgobierno y la acción revolucionaria de sectores afiebrados y minoritarios. **Es imposible que las Fuerzas Armadas y de Orden** permanezcan al margen en tal evento. Esta imposibilidad surge de la correlación de fuerzas en Chile, de las experiencias históricas ya vividas y del análisis dialéctico de los propios marxistas.

En este evento y ante un pronunciamiento que evite la escalada revolucionaria del marxismo, institucionalmente desbordado, nuestro movimiento debe constituirse en respaldo cívico para un futuro Gobierno Militar Nacionalista. Si este respaldo no existiera, las fuerzas controladas por el comunismo internacional crearían serios trastornos y pondrían en peligro el resurgimiento inmediato del país, su recuperación y pacificación.

Es igualmente imposible pretender que un pronunciamiento militar pueda sustentarse en uno o varios partidos políticos, o que sean éstos quienes se impongan sirviéndose de aquél. Las FF. AA. y de Orden en Chile son profesionales y no deliberantes. Por lo mismo, se hallan completamente al margen de los sectores políticos tradicionales. Sólo un movimiento nacionalista fundado en el amor a Chile y a su pueblo, de una clara ideología popular y sin relación con intereses creados, puede sustentar

un régimen transitorio, no político, que devuelva a Chile la tranquilidad, la confianza y la paz social.

Nuestra misión es, por lo tanto, absolutamente indispensables si, como ha quedado dicho, los sectores revolucionarios rompen la legalidad y los moldes institucionales, provocando la reacción de nuestras FF. AA. y de Orden.

Esta es la hipótesis más probable, seguramente, un camino inevitable para la revolución marxista. En efecto, si el comunismo internacional fracasa electoralmente, su impopularidad y desprestigio serían definitivos en toda América Latina, lo cual les obligaría a reconocer su incapacidad. Para frenar a los sectores más exaltados el propio Gobierno debería reprimir a sus adherentes, sin perspectivas futuras. Si Salvador Allende reprimió a la VOP, (Vanguardia Organizada del Pueblo), luego del crimen de Edmundo Pérez Z., se debe a que el marxismo aún conserva la esperanza de provocar la revolución por la vía electoral. Cuando se pierda esta última esperanza impondrán la vía de la violencia y de los hechos consumados.

La Unidad Popular está definitivamente encerrada en un callejón sin salida. O se mantiene en los moldes institucionales y fracasa como Gobierno Revolucionario o sobrepasa esos moldes y abre camino a un Gobierno Militar Nacionalista. En ambos casos la Revolución marxista será frustrada, porque el marxismo es evidentemente minoría entre nosotros.

Si, finalmente, los marxistas chilenos son "angélicos" y se proponen restituir el poder por la vía democrática —burguesa— electoral, y reprimir por la fuerza la reacción marxista frente a esta estrategia democrática, el Frente Nacionalista Patria y Libertad continuará su lucha política, por todos los caminos que legítimamente le franquea el sistema, para conquistar el poder y hacer realidad la doctrina nacionalista que motiva su existencia. Aglutinaremos a enormes sectores independientes, agotados por la politiquería ambiente, indiferentes al halago demagógico y que sueñan con un Chile distinto, y

les daremos una clara expresión política, contraria a los partidos tradicionales y al sistema liberal que inmoviliza y desarticula nuestros mejores esfuerzos.

No aspiramos a conquistar el poder para nosotros. Aspiramos a conquistar el poder para realizar las ideas que inspiran nuestra lucha política, cualquiera sea el titular de él.

Nuestra oposición al marxismo no es una reacción histérica, emocional o sentimental. No. Nuestra oposición se funda en el convencimiento profundo de que aquel sistema es contrario a la idiosincrasia de nuestro pueblo y a una larga tradición histórica que nos revela como libertarios, amantes del derecho y de la juridicidad. No debemos conculcar la libertad, debemos organizarla y profundizarla. No debemos renunciar a la democracia, debemos corregirla y adaptarla a las actuales exigencias.

El nacionalismo chileno se ha colocado en una posición de vanguardia. Mantendremos esa posición con patriotismo y renunciamiento.

El único norte de nuestra acción política es el bienestar del pueblo y la felicidad de sus hijos. No reconoceremos ni hemos contraído compromisos de ningún orden con nadie. Nuestro compromiso es con Chile y lo llevaremos hasta el último y supremo sacrificio si fuere necesario.

A las chilenas y chilenos que encuentren en este manifiesto una respuesta a sus inquietudes y una causa noble por qué luchar con pleno renunciamiento personal les llamamos a sumarse a esta cruzada que abrirá a nuestra Patria un camino de realizaciones y de verdaderas conquistas, sin halagos ni promesas demagógicos.

El Nacionalismo es el futuro de Chile.